

DÍA 6

UN EXAMEN DE CONCIENCIA



Pentecostés era el momento oportuno y los discípulos estaban preparados. Jesús había ascendido a su Padre. Su sacrificio fue aceptado en el trono de Dios. Entonces recibió la promesa divina del Espíritu Santo de parte de su Padre para que sus discípulos terrenales llevaran a cabo la misión dada por Dios. Ellos tuvieron en cuenta el consejo del Señor. Lo buscaron en oración. Experimentaron un arrepentimiento sincero

y confesaron los pecados específicos que el Espíritu Santo trajo a su mente. Durante esos diez días en el aposento alto, experimentaron la unidad cristiana. Lucas registra que “la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común” (Hech. 4:32). Los celos banales fueron dejados de lado. Las luchas y el distanciamiento desaparecieron. Los

conflictos personales se resolvieron. Las barreras se rompieron.

Aunque la Biblia no nos da una versión detallada de lo que realmente ocurrió en el aposento alto, nos brinda suficiente información como para formar un bosquejo de lo que realmente sucedió. El don de profecía moderno nos ayuda a completar los detalles de este bosquejo e ilumina el registro bíblico. Uno de los detalles vitalmente importantes que señala Elena de Whi-

te es que “estos días de preparación fueron días de profundo escudriñamiento del corazón. Los discípulos sentían su necesidad espiritual, y clamaban al Señor por la santa unción que los había de hacer idóneos para la obra de salvar almas” (*Los hechos de los apóstoles*, p. 30). Los diez días en el aposento alto fueron días de profundo escudriñamiento del corazón. Fueron días de reflexión y examen de conciencia. “Después de la ascensión de Cristo, los discípulos se reunieron en un lugar para suplicar humildemente a Dios. Y después de escudriñar el corazón y de realizar un examen personal durante diez días, quedó preparado el camino para que el Espíritu Santo entrara en los templos del alma limpios y consagrados” (*El evangelismo*, p. 506). Los discípulos querían estar seguros de que no hubiese ninguna actitud ni hábito en su vida que impidiera el derramamiento del Espíritu Santo. Dedicaron tiempo a examinar su corazón. Querían asegurarse de que sus motivos fuesen puros.

ESCU德里ÑEMOS NUESTRO CORAZÓN

En toda la Biblia, Dios nos amonesta a dedicar tiempo a examinar nuestro corazón. El apóstol Pablo escribe: “Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados” (Heb. 12:15). Las raíces producen brotes y los brotes producen frutos. Si existe una raíz de amargura en

su corazón, producirá el brote de la ira, la crítica o el chisme, y dará como resultado el fruto trágico de una relación deshecha. Todas las raíces pecaminosas finalmente producirán sus horribles frutos.

Hace muchos años mi esposa y yo visitamos el Fuerte Ticonderoga en Nueva Hampshire. Este fortín de la Guerra Revolucionaria fue un estratégico cuartel de avanzada militar de 1775 a 1779. Sabiendo que algunos turistas regularmente encontraban puntas de flechas cerca de los muros del fortín, le pregunté a nuestro guía dónde buscar. Se sonrió y me respondió tranquilamente: “Justo en la puerta principal”. Quedé algo sobresaltado. ¿Cómo era posible que hubiese puntas de flecha allí cuando miles de personas entraban por la puerta principal cada año? ¿Por qué no las descubrieron antes? El guía nos explicó que el mejor momento para encontrar puntas de flecha era cuando el deshielo de primavera las sacaba a la superficie después del largo invierno de Nueva Inglaterra. Mu-

Si existe una raíz de amargura en su corazón, producirá el brote de la ira, la crítica o el chisme, y dará como resultado el fruto trágico de una relación deshecha.

chas veces pensé en la explicación del guía. Las puntas de flecha estaban a pocos centímetros debajo de la superficie pero se necesitaba la tibieza del deshielo primaveral para que salieran. ¿Será que hay puntas de flecha de pecado escondidas justo debajo de la superficie de su corazón que solo las lluvias suaves del Espíritu Santo pueden sacar a la superficie? David oró: “Escudriñame, oh Jehová, y pruébame; examina mis íntimos pensamientos y mi corazón. Porque tu misericordia está delante de mis ojos, y ando en tu verdad” (Sal. 26:2, 3).

Cuando vemos el bondadoso amor de Dios y observamos la justicia de su carácter, reconocemos nuestra debilidad, nuestros defectos y pecados. Ante la luz resplandeciente del amor y la perfección incondicionales, nuestro corazón es humillado. Somos conducidos a una confesión y arrepentimiento profundos. Clamamos a él por la salvación y la justicia que solo él puede brindar. Cuando nos sentimos abrumados por su santidad, con el profeta Isaías clamamos: “¡Ay de mí! que soy muerto” (Isa. 6:5). El examen de conciencia tal vez no sea la experiencia más agradable, pero es absolutamente necesario. En el autoexamen le preguntamos a Dios: “¿Hay algo en mi vida que no está en armonía con tu voluntad? Te pido, Señor, que me reveles aquellas actitudes de lo profundo de mi alma que no se asemejan a Jesús”.

UN EJEMPLO PRÁCTICO DE AUTOEXAMEN

Elena de White nos da un ejemplo práctico de la necesidad del examen de conciencia. En *Palabras de vida del gran Maestro*, página 153, declara: “Así también en la familia, si uno de los miembros se pierde para Dios, deben usarse todos los medios para rescatarlo. Practiquen todos los demás un diligente y cuidadoso examen propio. Investíguese el proceder dia-

rio. Véase si no hay alguna falta o error en la dirección del hogar, por el cual esa alma se empecina en su impenitencia”. El autoexamen puede ser doloroso a veces. El Espíritu Santo quizá revele cosas acerca de nosotros que no conocíamos antes. Los rasgos de los que no éramos conscientes pueden salir a la superficie. El Señor no revela estas características no cristianas para desanimarnos. Las revela para que podamos confesarlas y entre-

Antes de que Dios nos reconstituya, debe quebrarnos.

gárselas para recibir su perdón y su purificación. Quiere sanar las relaciones arruinadas de nuestro pasado. Anhela transformar nuestra vida y darnos un futuro lleno de esperanza. Ansía reemplazar nuestra ansiedad por los errores del pasado con la confianza en su dirección en el presente. Si cometimos errores al criar a nuestros hijos, confesémoselos a Dios y pidámosle que nos capacite para hacer los cambios necesarios. Si es necesario, compartamos con nuestros adolescentes los errores que cometimos y pidámosle perdón.

El propósito del autoexamen es descubrir aquellas áreas de nuestra vida que han permanecido ocultas a nuestra vista. Cada uno tiene puntos ciegos en su carácter. A veces, el Espíritu Santo nos lleva a hacer un inventario espiritual para determinar exactamente dónde están esos puntos ciegos. El salmista oró: “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno” (Sal. 139:23, 24). El objetivo de Dios en este proceso es acercarnos a él. No quiere que nos revolquemos en la culpa ni que estemos llenos de remordimiento por nuestra vida pasada. Su objetivo es guiarnos “en el camino eterno”. Aunque es saludable dar



una mirada franca a nuestra vida espiritual, es perjudicial explayarnos en las faltas de nuestra vida pasada. Explayarnos en las faltas y enfocarnos demasiado tiempo en nuestros errores solo nos desanima.

Nuestro Señor es mayor que nuestros errores y más grande que nuestros fracasos. Sin duda, necesitamos conocer honestamente nuestra condición, pero es mucho más importante conocer su gracia. Comprender nuestra debilidad nos prepara para recibir su fortaleza. Comprender nuestra pecaminosidad nos prepara para recibir su justicia. Comprender nuestra ignorancia nos prepara para recibir su sabiduría. El Espíritu Santo quizá nos lleve a lamentarnos de nuestra naturaleza caída, pero no nos deja allí. El propósito de la convicción del Espíritu Santo es llevarnos a Jesús. Al reconocer nuestros pecados y errores mediante un proceso de autoexamen, podemos agradecerle a Dios que el Espíritu Santo nos está conduciendo más cerca de Jesús. El poder convincente del Espíritu Santo nos está preparando para recibir la plenitud del Espíritu con el poder de la lluvia tardía. Antes de que Dios nos reconstituya, debe quebrarnos. Antes de que nos llene, debe vaciarnos. Antes de que él sea entronizado en nuestro corazón, el yo debe ser destronado. Qué Salvador maravilloso es Jesús nuestro Señor. Su deseo supremo es que reflejemos su carácter amante ante un mundo expectante y un universo atento. Quiere prepararnos ahora para el mayor derramamien-

to del Espíritu Santo en la historia. Medite con oración en las siguientes preguntas.

1. ¿Hay algo que se esconde en lo profundo de mi alma que me impediría recibir la plenitud del Espíritu Santo?
2. ¿Estoy dispuesto a permitir que Dios quite de mi vida cualquier cosa que no esté en armonía con su voluntad?
3. ¿Hay algo en mi vida que no he estado dispuesto a entregar?

SECCIÓN 2

Reflexionemos en el consejo divino

Lea con oración la siguiente porción de *Los hechos de los apóstoles*, páginas 41-43.

El transcurso del tiempo no ha cambiado en nada la promesa de despedida de Cristo de enviar el Espíritu Santo como su representante. No es por causa de alguna restricción de parte de Dios por lo que las riquezas de su gracia no fluyen a los hombres sobre la tierra. Si la promesa no se cumple como debiera, se debe a que no es apreciada debidamente. Si todos lo quisieran, todos serían llenados del Espíritu.

El Señor está más dispuesto a dar el Espíritu Santo a los que le sirven, que los padres a dar buenas dádivas a sus hijos.

Dondequiera la necesidad del Espíritu Santo sea un asunto en el que se piense poco, se ve sequía espiritual, oscuridad espiritual, decadencia y muerte espirituales. Cuandoquiera que los asuntos menores ocupen la atención, el poder divino que se necesita para el crecimiento y la prosperidad de la iglesia, y que traería todas las demás bendiciones en su estela, falta, aunque se ofrece en infinita plenitud.

Puesto que éste es el medio por el cual hemos de recibir poder, ¿por qué no tener más hambre y sed del don del Espíritu? ¿Por qué no hablamos de él, oramos

El Espíritu Santo mora con el obrero consagrado de Dios dondequiera que esté.

por él y predicamos respecto a él? El Señor está más dispuesto a dar el Espíritu Santo a los que le sirven, que los padres a dar buenas dádivas a sus hijos. Cada obrero debiera elevar su petición a Dios por el bautismo diario del Espíritu. Debieran reunirse grupos de obreros cristianos para solicitar ayuda especial y sabiduría celestial para hacer planes y ejecutarlos sabiamente. Debieran orar especialmente porque Dios bautice a sus embajadores escogidos en los campos misioneros con una rica medida de su Espíritu. La presencia del Espíritu en los obreros de Dios dará a la proclamación de

la verdad un poder que todo el honor y la gloria del mundo no podrían conferirle.

El Espíritu Santo mora con el obrero consagrado de Dios dondequiera que esté. Las palabras habladas a los discípulos son también para nosotros. El Consolador es tanto nuestro como de ellos. El Espíritu provee la fuerza que sostiene en toda emergencia a las almas que luchan y batallan en medio del odio del mundo y de la comprensión de sus propios fracasos y errores. En la tristeza y la aflicción, cuando la perspectiva parece oscura y el futuro perturbador, y nos sentimos desamparados y solos: éstas son las veces cuando, en respuesta a la oración de fe, el Espíritu Santo proporciona consuelo al corazón.

No es una evidencia concluyente de que un hombre sea cristiano el que manifieste éxtasis espiritual en circunstancias extraordinarias. La santidad no es arrobamiento; es una entrega completa de la voluntad a Dios; es vivir de toda palabra que sale de la boca de Dios; es hacer la voluntad de nuestro Padre celestial; es confiar en Dios en las pruebas y en la oscuridad tanto como en la luz; es caminar por fe y

no por vista; es confiar en Dios sin vacilación y descansar en su amor.

No es esencial para nosotros ser capaces de definir con precisión qué es el Espíritu Santo. Cristo nos dice que el Espíritu es el Consolador, “el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre” (Juan 15:26). Se asevera claramente, tocante al Espíritu Santo, que en su obra de guiar a los hombres a toda verdad “no hablará de sí mismo” (Juan 16:13).

La naturaleza del Espíritu Santo es un misterio. Los hombres no pueden explicarla, porque el Señor no se la ha revelado. Los hombres de conceptos fantásticos pueden reunir pasajes de las Escrituras y darles interpretación humana; pero la aceptación de esos conceptos no fortalecerá a la iglesia. En cuanto a estos misterios, demasiado profundos para el entendimiento humano, el silencio es oro.

El oficio del Espíritu Santo se especifica claramente en las palabras de Cristo: “Cuando él viniere redargüirá al mundo de pecado, y de

justicia, y de juicio” (Juan 16:8). Es el Espíritu Santo el que convence de pecado. Si el pecador responde a la influencia vivificadora del Espíritu, será inducido a arrepentirse y a comprender la importancia de obedecer los requerimientos divinos.

Al pecador arrepentido, que tiene hambre y sed de justicia, el Espíritu Santo le revela el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. “Tomará de lo mío, y se los hará saber”, dijo Cristo. “Él les enseñará todas las cosas, y les recordará todas las cosas que les he dicho” (Juan 16:14; 14:26).

El Espíritu Santo se da como agente regenerador, para hacer efectiva la salvación obrada por la muerte de nuestro Redentor. El Espíritu Santo está tratando constantemente de llamar la atención de los hombres a la gran ofrenda hecha en la cruz del Calvario, de exponer al mundo el amor de Dios y de abrir al alma arrepentida las cosas preciosas de las Escrituras. 🔥

La naturaleza del Espíritu Santo es un misterio. Los hombres no pueden explicarla, porque el Señor no se la ha revelado.

